

por la gran generación de los Wolf y de los Heyne, tan próxima por lo demás por su genio de las instituciones religiosas de las primeras edades, era ya rica en excelentes escritos sobre las mitologías antiguas y sobre la manera de interpretarlas. Lo que ante todo importaba, era reparar un retraso de más de medio siglo y hacer accesibles los tesoros de sana erudición que Alemania había amontonado, mientras que Francia continuaba las tradiciones de crítica superficial del siglo XVIII. La «Simbólica» de M. Creuzer se ofreció desde luego por sus imponentes proporciones, su reputación europea, la elevación de miras, la alta filosofía de la ciencia que el autor había en ella desplegado. M. Guigniaut comprendió, sin embargo, que la traducción de una sola obra, ya aventajada en muchos puntos de detalle por trabajos más recientes, no alcanzaría, sino imperfectamente, el objeto que se proponía. Resolvió, pues, reunir alrededor del libro de M. Creuzer los resultados de los trabajos paralelos ó posteriores; hacer, en una palabra, del texto de la «Simbólica,» la trama de una vasta síntesis que abrazase todos los estudios mitológicos de Alemania. La opinión de la Europa sabia se ha pronunciado desde hace largo tiempo sobre el valor de este plan y sobre la manera como ha sido ejecutado. Francia ha reconocido en él el modelo que imitar en la obra difícil de introducir entre nosotros los productos de la ciencia alemana; Alemania, por su parte, ha dado á la edición francesa la más elevada aprobación, pues ella misma parece haber adoptado sobre casi todos los puntos importantes las modificaciones introducidas por el traductor. El libro de M. Guigniaut, valerosamente llevado á término, á través de circunstancias tan diversas y algunas veces tan contrarias, háse hecho el manual indispensable, no

sólo del anticuario y del filólogo, si que también de todos los espíritus curiosos que creen que la historia de las religiones es uno de los elementos más esenciales de la historia del espíritu humano, es decir, de la verdadera filosofía.

I

Las religiones están tan profundamente adheridas á las fibras íntimas de la conciencia humana, que la interpretación científica á distancia se hace casi imposible. Los esfuerzos de la crítica más sutil no podrían corregir la falsa posición en que nos encontramos frente á frente de esas obras primitivas. Llenas de vida, de sentido, de verdad para los pueblos que las animaron con su soplo, no son ya á nuestros ojos más que letras muertas, geroglíficos sellados, creados por el esfuerzo simultáneo de todas las facultades obrando en la más perfecta armonía; no son ya para nosotros más que un objeto de curioso análisis.

Para hacer la historia de una religión, es preciso no creer ya en ella, pero es menester haber creído; no se comprende bien sino el culto que ha provocado en nosotros el primer impulso hacia el ideal. ¿Quién puede ser justo para con el catolicismo si no ha sido mecido por esta leyenda admirable, si en los acentos de sus himnos, en las bóvedas de sus templos, en los símbolos de su culto, no vuelve á encontrar las primeras sensaciones de su vida religiosa? La condición más esencial para apreciar bien las religiones de la antigüedad nos faltará, pues,

siempre, pues sería preciso haber vivido en el seno de aquellas religiones, ó á lo menos hacer renacer en nosotros el sentimiento de ellas con una profundidad de que apenas sería capaz el genio histórico más privilegiado. Pos esfuerzos que hagamos, jamás renunciaremos bastante francamente á todas nuestras ideas modernas hasta el punto de no encontrar absurdo é indigno de ocupar la atención de un hombre serio el conjunto de fábulas que de ordinario se presenta como la creencia de Grecia y Roma. Para las personas poco versadas en las ciencias históricas constituye un eterno motivo de asombro ver á los pueblos que se les presenta como los señores del espíritu humano, adorar dioses borrachos y adúlteros y admitir entre sus dogmas religiosos relatos estravagantes, escandalosas aventuras. El más sencillo se cree con derecho á encogerse de hombros ante tan inconcebible ceguera. Sería, sin embargo, preciso partir del principio de que el espíritu humano no es jamás absurdo por capricho, y que siempre que las obras espontáneas de la conciencia nos aparecen como desprovistas de razón, es que no se sabe comprenderlas. Cuando una raza ha mostrado suficiente sentido para producir obras como las que nos ha dejado Grecia, para realizar un plan político como el que condujo á Roma á la dominación universal, ¿no sería extraño que hubiese quedado, por otro lado, al nivel de los pueblos entregados al más grosero fetiquismo? ¿No es bien probable que, si nos colocáramos realmente en el punto de vista en que estaban los antiguos, esta pretendida extravagancia, desaparecería y reconoceríamos que las fábulas, como todos los productos de la naturaleza humana, han tenido razón en algo? El buen sentido es de una pieza, y sería inexplicable que naciones que, en la vida civil y política, en

el arte, la poesía, la filosofía han dado la medida del poder del hombre, no hubiesen pasado en religión de los cultos cuya absurdidad subleva en nuestros días la razón de un niño.

Esta mala inteligencia, por lo demás, es de muy antigua fecha; y no es solamente en los tiempos modernos en los que el paganismo ha comenzado á ser objeto de un perpetuo contrasentido. Es evidente que la misma antigüedad había cesado de comprender su religión, y que los viejos mitos brotados de la imaginación primitiva perdieron muy pronto toda significación.

La idea de hacer de estas fábulas venerables un conjunto cronológico, una especie de historia divertida y convenida, no data de Bocaccio ó de Demoustier: Ovidio la ha realizado en un libro un poco menos malo que las *Cartas á Emilio*. No quiero desconocer el encanto que se encierra en esta guirnalda sin fin de relatos ingeniosos y de picantes metáforas; ¡pero qué sacrilegio, desde el punto de vista religioso, jugar así con símbolos consagrados por el tiempo, y en los que el hombre había depositado sus primeras intuiciones del mundo divino! El propósito de Mascarille de poner en madrigales toda la historia romana, era más razonable que la empresa de convertir antiguos *theologomenos* en cuentos equívocos, que se parecen á los mitos primitivos como las flores de papel amarillentas y ennegrecidas por el tiempo se parecen á las flores de los campos.

Ahora bien, esa manera de tratar las religiones de la antigüedad, fué la de casi todos los mitógrafos hasta nuestros días.

La *mitología* (este fué el nombre con el cual se designó esa compilación de narraciones grotescas y casi siempre indecentes, se convirtió en una serie

de *biografías* en las que, bajo rúbricas consagradas, se contaba la vida poco edificante de Mercurio, las ligerezas de Venus, las escenas del hogar de Júpiter y de Juno. Lejos de que sea de deplorar el descrédito con el que nuestro siglo ha herido el uso convenido de esas fábulas, si hay que maravillarse de algo, es de que tantos espíritus delicados del siglo XVII y del XVIII no hayan conocido su insulsez.

Cuando la ciencia comenzó á ocuparse seriamente de la interpretación de los símbolos antiguos, sus esfuerzos, á lo menos en Francia, no fueron mucho más afortunados. Francia no es el país de los estudios mitológicos; el espíritu francés carece de esa flexibilidad, de esa facilidad de reproducir en sí las intuiciones de las primeras edades que tan esenciales son para la inteligencia de las religiones. Los eruditos á la antigua usanza, Juan Leclerc, Banier, Larcher, Clavier, Petit-Radel, no se elevaron por encima de un *evhérismo* brutal (1) ó de un sistema de explicaciones alegóricas no menos superficial; ¡gracias cuando resistiendo á las preocupaciones que redujeron á Bochart, Huet, Bossuet y toda la escuela teológica, no buscaban en la mitología griega una forma alterada de las tradiciones de la Biblia!

Los críticos que se inspiraron en la filosofía del siglo XVIII, Boulanger, Bailly, Dupuis, no salieron de este método más que para ensayar un simbolismo menos satisfactorio aún. Sainte-Croix aportó al estudio de los misterios una erudición más sólida, pero una penetración tan mediana como la de sus antecesores. En fin, Emeric David dió en su *Jupiter* el florón de la simbólica francesa. Su siste-

(1) Sabido es que Evhémere no veía en los dioses más que hombres divinizados.—N. del A.

ma es en extremo sencillo; es el *alegorismo* más exclusivo. «La mitología es un conjunto de enigmas propio para hacer conocer la naturaleza de los dioses y los dogmas de la religión á las personas que penetran el secreto de ellos.» La palabra que por adivinar queda es el dogma religioso. Así, cuando al nombre de Apolo se ha sustituido la palabra *sol*, cuando en lugar de Amphitrites se ha dicho *el mar*, está dicho todo; pues la palabra que se ha de adivinar es siempre única. Procurando seguidamente hacer patentes los dogmas religiosos ocultos bajo aquellos enigmas, Emeric David encuentra siete que son el resumen de la teología griega. De esta suerte la mitología no es más que una especie de catecismo en enigmas: las fábulas han sido inventadas para cubrir dogmas; cada una de ellas tiene un sentido muy claro y determinado. ¿Cómo contribuiría esta forma enigmática á hacer más inteligible el dogma? ¿Cómo el espíritu humano en posesión de una idea clara habría tenido el capricho de explicarla por una idea más oscura? ¿Cómo una raza entera se habría dejado cautivar por el amor al logogrifo por el logogrifo mismo? Esto no hay que preguntarlo á Emeric David. ¿No había Locke enseñado que el humano espíritu no procede sino de lo simple á lo compuesto, que para asociar dos ideas es ante todo preciso haberlas tenido separadamente una de otra? Pretender que en la inteligencia humana la noción de la cosa significada no precede á la del signo, que el hombre espontáneo crea el símbolo antes de saber bien precisamente lo que en él pone, esto hubiera sido verosímilmente hablar una lengua ininteligible en un tiempo en que se estaba convencido de que el espíritu humano había procedido siempre en conformidad á las reglas trazadas por el padre Condillac.

Mientras Francia procuraba interpretar todas las religiones de la antigüedad según su filosofía superficial, Alemania penetraba en ella más por la analogía de su genio religioso que por la solidez de su erudición. Goethe colocaba en el Olimpo el centro de su vida poética, Lessing y Winckelmann, el hebraísta Herder mismo, descubrían en los cultos antiguos la religión de la belleza. Goerres buscaba en ella los fundamentos de su misticismo; Schelling no creía divergir de sus escritos de filosofía trascendental disertando (con poca fortuna, por lo demás) sobre los dioses de Samotracia. Una nube de filólogos y de anticuarios procuraba recobrar en los monumentos escritos y dibujados de la antigüedad el sentido del gran enigma legado á la ciencia por el mundo primitivo. Como resumen de este acumulación de hechos y de sistemas, se alzaba de 1810 á 1812 la obra en que debía concentrarse todo el primer movimiento de los estudios mitológicos, la «Simbólica» del doctor Federico Creuzer. Fué una gran enseñanza y como una revelación ver así reunidos por primera vez en un *Panteón* científico á todos los dioses de la humanidad, indios, egipcios, persas, fenicios, etruscos, griegos, romanos. La elevación sostenida, el acento religioso y profundo, el sentimiento de los destinos superiores de la humanidad que respira todo el libro, anunciaban que se había realizado una gran revolución y que á un siglo irreligioso, porque era exclusivamente analítico, iba á suceder una escuela mejor, reconciliada por la síntesis con la naturaleza humana entera. El espíritu neoplatónico de Plotino, de Porphyro y de Proclo parecía revivir en esta grande y filosófica manera de explicar los símbolos antiguos, y la sombra de Juliano debió estremecerse oyendo á un doctor en teología cristiana realzar su tesis, procla-

mar que el paganismo podía bastar á las necesidades más profundas del alma, perdonar á las nobles inteligencias que, en la hora suprema, intentaron reanimar en su seno á los dioses próximos á irse.

En las ciencias históricas sobre todo es en las que es cierto decir que las cualidades son en cierta manera los defectos y que lo que constituye la verdad y la fuerza de un sistema es también lo que constituye su error y su debilidad.

Este entusiasmo místico, primer impulso de la *filosofía de la naturaleza*, entonces naciente en Alemania, esta simpática manera que señalaba un progreso real en los estudios mitológicos, si se la compara á las disertaciones frías y sin inteligencia de la escuela francesa, debía tener sus excesos y en cierto modo su embriaguez.

M. Creuzer tiene todos los defectos de sus maestros de Alejandría: la exageración simbólica, una tendencia demasiado pronunciada á buscar por donde quiera lo misterioso, el sincretismo algunas veces más intemperante. Jamblico al lado de Hesiodo, Nonnus al lado de Homero, figuran en la misma página para la interpretación del mismo mito. Los alejandrinos son á sus ojos buenos exegetas, verdaderos restauradores del paganismo, que han vuelto á menudo por la intuición filosófica al sentido primitivo de los dogmas; los mismos orficos, tan sospechosos de charlatanismo, habían conservado el espíritu de la religión primitiva. Parece que el tiempo no existe para M. Creuzer. Busca demasiado alto sus soluciones porque él mismo reside demasiado alto, porque no tiene el sentimiento de la vida simple, sencilla, infantil, completamente sensual, y no obstante, completamente divina, que era la de las primeras razas indo-helénicas. Se requeriría un alma por completo embriagada de poesía

para comprender el arrebatador delirio que el hombre de aquellas razas experimentó al principio frente a la naturaleza y frente a sí mismo. Habitados á buscar en todo algo de razonable, nosotros obstinamos en encontrar profundas combinaciones donde no hubo más que instinto y fantasía; serios y positivos, agotamos nuestra filosofía para seguir la trama de los sueños de un niño.

La mitología griega, ó en un sentido más general, la mitología de los pueblos indo-europeos, considerada en su primer vuelo, no es más que el reflejo de las sensaciones de órganos jóvenes y delicados, sin nada de dogmático, nada de teológico, nada de determinado. Perseguir un sentido preciso en esos sueños de la edad de oro, equivale á explicar el sonido de los compases ó á buscar figuras en las nubes. El hombre primitivo veía la naturaleza con ojos de niño; ahora bien, el niño proyecta sobre todas las cosas lo maravilloso que en sí mismo encuentra. La encantadora sencilla embriaguez de la vida que le produce vértigo, le hace ver el mundo á través de un vapor suavemente coloreado; arrojando sobre todas las cosas una curiosa y regocijada mirada, sonríe á todo y todo le sonrío. Desengañados por la experiencia, nada extraordinario esperamos nosotros de la infinita combinación de las cosas; pero el niño no sabe lo que va á salir de la jugada de dados que ante él tiene lugar: él cree más en lo posible, porque conoce menos lo real. De ahí sus alegrías y sus temores; él se forja un mundo fantástico que le encanta y que le amedrenta alternativamente. Afírmase en la realidad de sus sueños; no tiene esa rudeza de análisis que, en la edad de la reflexión, nos constituye fríos observadores frente á frente de la realidad. Tal era el hombre primitivo. Apenas

separado de la naturaleza, conservaba con ella, la hablaba y entendía su voz; esta gran madre, de la cual él dependía aún por sus arterias, le parecía como viviente y animada. A la vista de los fenómenos del mundo físico, experimentaba impresiones diversas que, tomando cuerpo en su imaginación, hacíanse sus dioses. Adoraba sus sensaciones, pues no separando todavía el objeto del sujeto, el mundo era él mismo, y él mismo era el mundo.

Los sentimientos de lo vago, de lo triste, de lo infinito, de terror y de belleza que bullían en su alma frente al mar, por ejemplo, le revelaban en sus líneas voluptuosas, en sus colores, ora deslumbradores, ora sombríos, todo un cielo de dioses melancólicos, caprichosos, multiformes, incomprensibles. Muy otras eran las impresiones y las divinidades de las montañas, como eran otras las de la tierra y otras aún muy diversas las del fuego y las de los volcanes, las de la atmósfera y de sus variados fenómenos. La naturaleza entera se reflejaba así en las conciencias primitivas en divinidades aun innominadas.

«Parece, dice M. Creuzer, que se trata, no de hombres como nosotros, sino de espíritus elementales, dotados de una vista maravillosa de la naturaleza misma de las cosas, del poder de sentirlo todo y de comprenderlo todo, en cierto modo magnético.» De ahí esas razas misteriosas de los Telchines de Rodas, de los Curetos de Creta, de los Dáctilos de Frigia, de los Carcinos y de los Sintios de Lemnos, de los Cabires de Samotracia, razas extáticas y mágicas, como los *Trolls* de Escandinavia, en relación directa con las fuerzas de la naturaleza. Todo lo que impresionaba al hombre, todo lo que excitaba en su alma la impresión de lo divino, era dios ó elemento de un dios: un gran río, una gran mon-

taña, un astro notable por su brillo ó las particularidades de su curso, mil objetos, cuyo sentido simbólico se ha desvanecido para nosotros. Examinados los lugares que la antigüedad considera como sagrados, y os será casi siempre imposible descubrir el motivo que ha podido hacer suponer que la Divinidad estaba más presente allí que en cualquier otra parte. Estos lugares, á parte de los recuerdos que á él se unen, casi nada nos dicen. El Capitolio, considerado como una simple colina, tiene poco carácter. El lago Averno, que impresionó tan vivamente la imaginación de los antiguos, no nos ofrece más que un paisaje lindo y reducido.

Equivaldría á querer encontrar la huella del pájaro en los aires, pretender apoderarse de la delicada trama de esas primeras intuiciones religiosas y describir los caprichosos senderos de la imaginación en sus delicadas creaciones á las que el hombre y la naturaleza aportaban su parte en la inteligencia más estrecha. Un hecho histórico, un pensamiento moral, una apreciación de los fenómenos atmosféricos, geológicos, astronómicos, una sensación viva, un espanto, se expresaban por un mito. El mismo lenguaje, como dice M. Creuzer, fué una madre fecunda de dioses y de héroes. El rasgo que parece ser más característico del ingenio superior bajo su forma más agotada, el juego de palabras, el equívoco fué uno de los procedimientos más familiares á la mitología primitiva. Varios importantes mitos de la antigüedad no descansan más que sobre etimologías ficticias, alteraciones como las en que se recrea la imaginación de un niño: testigo la paletilla de Pélope, *Drepane* y la hoz de Ceres, *Tarseo* y las alas de Perseo. Otras veces, contrasentidos, verdaderos extravíos, engendraban fantásticos relatos. Así es como el vaso nilíaco, el *canope* rematado por

una cabeza humana, cuya imagen sin duda impresionó á los primeros griegos que viajaron por Egipto, se convirtió, por larga serie de despropósitos, en un héroe griego que asistió al sitio de Troya. El héroe Centauro salió igualmente del cántaro ó vasija para beber y fué á la vez el vaso y el compañero de Baco. A menudo, en fin, concomitancia de ideas inapreciables casi, razones de euritmia, como las que determinan las líneas del arabesco, presidían á la formación de estas singulares fábulas. ¿Por qué Neptuno y el caballo, Venus y el mar están asociados siempre? Acaso no sea menester buscar á semejante aproximación otro fundamento más que la gracia infinita del elemento húmedo, las ondulaciones de sus contornos y la armoniosa forma con que sus curvas se unen á las flexibles líneas del más bello tipo de la naturaleza animal.

Es imposible, como se ve, establecer una clasificación cualquiera entre esos dioses procedentes de distintos puntos. La indeterminación del sentido bajo la más completa determinación de la forma, tal es el carácter esencial así del arte como de la mitología griega. La mitología es un segundo lenguaje, nacido como el primero del eco de la naturaleza en la conciencia, tan inexplicable como él por el análisis, pero cuyo misterio se revela á quien sabe comprender las fuerzas ocultas de la espontaneidad, la concordancia secreta de la naturaleza y el alma, el «geroglifismo» perpetuo sobre el que se funda la expresión de los sentimientos humanos. Cada dios nos aparece así como un cielo acabado, una región de ideas, un tono de la armonía de las cosas. No basta decir con la vieja escuela alegórica: *Minerva es la prudencia y Venus la belleza*. Minerva y Venus son la naturaleza femenina considerada por sus dos lados: el lado espiritualista y santo, el lado estético

y voluptuoso. Si Mercurio no fuese más que el dios de los ladrones y Baco el dios del vino, como se enseña á los niños, serían ficciones medianamente ingeniosas, figuras retóricas bastante pobres que sería preciso relegar á la época de Boileau; pero la antigüedad no adoró jamás dioses tan groseramente pueriles. Mercurio es la naturaleza humana considerada en sus aptitudes y en su industria, el éfobo, tal como lo ha hecho el Gimnasio, bello por su vigor y su ligereza. Al contrario, todas las ideas de juventud, de placer, de voluptuosidad, de aventureras expediciones, de fáciles triunfos, de terribles arrebatos, se agrupan alrededor de Baco. Es el lado brillante de la vida; él es el niño querido de las ninfas, siempre joven, bello, afortunado, rodeado de caricias y de besos; su muelle languidez, sus formas menos puras, su salud perfecta, su tipo femenino degenerando á menudo en androginismo, revelan un origen menos noble. Comparado al dios griego por excelencia, Apolo es todavía un extranjero, que á pesar de su larga permanencia en Grecia no ha perdido su aire asiático; viste larga túnica, pues teme ir desnudo; ciñe su frente la mitra oriental, pues sus cabellos no bastan á coronarla.

Uno de los mitos que me parecen más propios para hacer comprender esta extrema complejidad, estos aspectos fugitivos, estas innumerables contradicciones de las fábulas antiguas, es el de Glauco, mito humilde, sin embargo, mito de pobres gentes, pero que, por lo mismo, ha conservado mejor su carácter primitivo y popular. Los que han pasado su infancia á orillas del mar, saben cuántas asociaciones de ideas profundas y prácticas se forman en presencia del espectáculo animado que ofrece la playa. Glauco es la personificación y el resumen de estas creencias y de estas impresiones, un dios crea-

do por marineros, en el que se resume toda la poesía de la vida marina tal como aparece á pobres gentes. La vejez le abate; presa de la desesperación, se precipita en el mar y se vuelve profeta, profeta de desdichas; triste viejo, se le encuentra á veces con el cuerpo empobrecido por la acción de las aguas, cubierto de conchas y de plantas marinas. Según otros, se precipitó en las ondas por no haber podido probar á nadie su inmortalidad. Desde aquel entonces vuelve cada año á visitar las playas y las islas. Por la noche, cuando se anuncia el viento, Glauco, es decir, la ola de color verdoso, se eleva pronunciando fragorosos oráculos. Acuéstanse los pescadores en el fondo de su barca, y procuran por ayunos, plegarias é incienso conjurar los males que les aguardan. Glauco, mientras tanto, encaramado á una roca, amenaza en lengua eólica sus campos y sus rebaños, y se lamenta acerca de su inmortalidad. Se referían también sus amores, amores tristes, desventurados, terminando como un penoso ensueño. Ama á una bella virgen del mar llamada Scyla; un día, esperando tocarla, le lleva conchas marinas y jóvenes alciones sin pluma para divertirla. Ella vió sus lágrimas y se apiadó de él; pero Circe, por celos, envenenó el baño de la joven que se convirtió en monstruo ladrador; personificación natural del horror que inspiran los esqualos y los peligros del mar de Sicilia. El pobre Glauco, desde aquel momento, quedóse para siempre perturbado, tornóse perverso, murmurador, envidioso. Se le ve sobre los monumentos, con su barba de algas marinas, la mirada inmóvil, el entrecejo contraído. Los Amores se divierten á su costa; uno le tira de los cabellos, otro le da un bofetón. Algunas veces es *Glaucé*, es decir, ese tinte entre el verde y el azul que reviste el mar en los parajes en que repo-

sa el agua poco profunda sobre la blanca arena: el color del mar se convierte así en mujer, como la cima encrespada de las olas se torna la blanca cabeza de las *Grees* (mujeres viejas), que inspiran miedo á los marineros. Otras veces es *Lamie*, que atrae á los hombres y les seduce con sus encantos; otras un gavián que se zambulle revoloteando sobre su presa; después una sirena insaciable que lleva un hombre de cada mano.—Arrojad revueltas todas las ideas de la gente de mar, amalgamad las ramas esparcidas de los sueños de un marinero, y tendréis el mito de Glauco, preocupación melancólica, sueños penosos y extravagantes, sensación viva de todos los fenómenos que nacen en las olas, inquietud perpetua: por donde quiera el peligro, la seducción por doquier, el porvenir incierto, grande impresión de la fatalidad. Glauco es á la vez el color y el rumor del mar, la ola que blanquea, el reflejo del cielo sobre las ondas, el viento de la noche que predice la tempestad del siguiente día, el movimiento del buzo, las formas rudas del hombre de mar, los deseos impotentes, las tristes vicisitudes de la vida solitaria, la duda, la disputa, la desesperación, el largo enojo de una certidumbre agitando contra el sofisma, y la triste inmortalidad que no puede ni asegurarse ni libertarse de sí misma; enigma penoso, eco de ese melancólico sentimiento que habla al hombre de su origen desconocido y de su destino divino, verdad que para su infortunio le es imposible probar, pues es superior al entendimiento, y el hombre no podría ni demostrarla ni sustraerse á ella.

Se comprende cuán ininteligibles debieron parecer á una edad de reflexión más avanzada esos bosquejos delicados y apenas penetrables, esos restos de impresiones fugitivas. A menudo los anti-

guos experimentaron ante su mitología el mismo embarazo que nos sobrecoje á nosotros mismos. Se pretendió encontrar realidad en vagas imágenes, dar cuerpo á los sueños. Ahora bien, era tal el carácter indeciso de las fábulas antiguas, que cada uno podía encontrar en ellas lo que buscaba. Los unos adoptaron el sistema groseramente impío de Evhéniere, que explicaba todas las tradiciones maravillosas por hechos históricos. Los otros, penetrados de una filosofía más elevada; buscaron en los mitos una traducción simbólica de esta filosofía. Los dioses de la sencilla antigüedad, participando de las necesidades y de los placeres de los hombres, comen y beben.—Esto significa, dice Proclus, que crean sin cesar por la mezcla de lo finito y de lo infinito: la ambrosía, alimento sólido, representa lo finito; el néctar, alimento líquido, figura lo infinito.—Urano, Saturno y Júpiter son, para Plotino, los tres principios del mundo inteligible, el *uno*, la *inteligencia* y el *alma*. Júpiter engendrando á Venus, es el alma universal manifestándose al exterior. Saturno devorando á sus hijos, es la inteligencia, cuya ley es reconcentrarse sin cesar en sí misma. Todo fué así, alegoría y metáfora. Las flores abiertas al sol de los primeros días, las encantadoras niñerías de la conciencia naciente, convirtiéronse, en las manos del pedantismo filosófico, enigmas fríos y sin gracia. Si hay un mito en el que se haya conservado de la manera más transparente, á través de la envoltura antropomórfica, la huella del culto primitivo de la naturaleza, es, sin contradicción, el de las ninfas. Apenas es necesario cambiar sus nombres y sus atributos para encontrar las fuentes y las aguas corrientes en esas divinidades frescas, vivas, delicadas, saltarinas, risueñas, ora visibles, ora invisibles, que se precipitan en medio

de las rocas cantando y dando vueltas como niños, cuya voz es dulce y misteriosa; que jamás duermen, que hilan lana teñida de verde de mar ó tejen telas purpurinas entre las rocas, diosas compasivas que curan las enfermedades y que á veces secuestran y matan. He aquí, sin embargo, de dónde Porfiro sacará en su *Antro de las Ninfas* toda una filosofía. Las *ninfas* son las almas; su *velo* es el cuerpo; el *antro* es el mundo. El interior del antro representa el lado sensible, obscuro, el *exterior*, el lado inteligible, luminoso, etc.

El defecto esencial del sistema de M. Creuzer es el de haber apreciado con exceso el paganismo en esta forma mística y filosófica. Es como si con las obras de la escuela neocatólica se pretendiera reconstituir la teoría del cristianismo primitivo. El mito no tiene realmente toda su significación más que en las épocas en que el hombre cree vivir aún en un mundo divino, sin noción bien fija de las leyes de la naturaleza. Ahora bien, largo tiempo antes del fin del paganismo, esta sencillez primitiva había desaparecido. Lo sobrenatural no era más que *el milagro*, es decir, una derogación aportada por la divinidad á un orden establecido: concepción radicalmente diferente de la del hombre primitivo, para el cual no había orden natural, sino un juego continuo de fuerzas vivas y libres. En aquella edad antigua no había nada que pudiera llamarse dogma, religión positiva, libro sagrado. El niño no disputa, no tiene necesidad de solución, pues no se plantea problemas; para él todo es claro. La aureola con que el mundo resplandece á sus ojos, la vida deificada, el grito poético de su alma, he aquí su culto, culto celeste, que encierra un acto de adoración sin mudanza y desprovisto de toda sutilidad reflexiva.

Es, pues, un grave error suponer que en una época remota la humanidad haya creado símbolos á fin de cubrir dogmas, y con la noción distinta del dogma y del símbolo. Todo ello ha nacido simultáneamente, de un mismo salto, en un momento indivisible, como el pensamiento y la palabra, la idea y su expresión. El mito no encierra dos elementos, una envoltura y una cosa envuelta; es indiviso. La pregunta de si el hombre primitivo comprendía ó no el sentido de los mitos que creaba, está fuera de lugar, pues en el mito la intención no era distinta de la cosa misma. El hombre comprendía el mito sin ver nada más allá, como una cosa simple y no como dos cosas. El lenguaje abstracto que nos vemos obligados á emplear para explicar las fábulas antiguas no debe ilusionarnos. Nuestros hábitos analíticos nos obligan á separar el signo y la cosa significada; pero para el hombre espontáneo el pensamiento moral y religioso se presentaba ajustado en el mito como en su forma natural. La edad primitiva no era tan groseramente fetiquista, pues todo era significativo para ella; ni espiritualista refinada, pues no concebía nada de una manera abstracta, fuera de la envoltura sensible: era una edad de confusa unidad, en la que el hombre veía al uno en el otro y expresaba el uno por el otro los dos mundos abiertos delante de él.

Que haya habido en la antigüedad alegorías propiamente dichas, personificaciones de seres morales, tales como Higia, la Victoria, el Pudor patrio, la Fortuna de las mujeres, el Sueño, etc.; que haya habido mitos inventados ó á lo menos desarrollados con reflexión, como el de Psiquis, es absolutamente incontestable. Pero existe una profunda línea de demarcación entre esas alegorías claras, sencillas, espirituales y los enigmas antiguos, ver-

daderas obras de esfinge, en las que la idea y el símbolo son enteramente inseparables. M. Creuzer ha visto bien que el sentido de los símbolos antiguos se perdió desde una época remota; que Homero es ya muy mal teólogo; que sus dioses no son más que personajes poéticos al nivel de los hombres, entregados á una noble y alegre vida compartida entre el placer y la acción, como los jefes de las tribus helénicas; que los mitos más respetables se convierten entre sus manos en picantes historias, graciosos temas de relatos impregnados de color completamente humano. ¿Tenía á lo menos derecho á concluir que antes de la edad de la epopeya, hubiera habido una gran edad teológica, durante la cual la Grecia estuvo á punto de convertirse en un país sacerdotal, con una religión profunda, símbolos venerados, instituciones jerárquicas y un fondo de monoteísmo venido de Oriente? No lo creemos. Repítase cuanto se quiera que el período helénico fué una decadencia religiosa, un triunfo del héroe y del poeta sobre el sacerdote, de una religión popular, clara, fácil, pero vacía de sentido, laica en una palabra, sobre los arcanos sacerdotales; de ahí no se deduce que los Pelasgos hayan tenido una teología determinada, una sabia simbólica, un sacerdocio organizado. «Siempre se parte, dice Ottfried Müller, de la suposición que un poeta, un sabio más antiguo acaso hubiese envuelto con premeditación ideas claras de símbolos y de mitos alegóricos, que más tarde habrían sido tomados por hechos reales y desarrollados bajo la forma histórica. Pero representándose la época de que se trata todas las relaciones de la divinidad, de la naturaleza y del hombre como otras tantas personas distintas, otros tantos actos significativos, lo que nosotros llamamos error ó mala inteligencia, existía

en el principio en el corazón del mito mismo, y no ha ido á él desde fuera.»

Sería una exageración tan contraria á la verdad de la historia, como á la sana noción de la naturaleza humana, pretender que la religión helénica estuviese completamente desprovista de organización sacerdotal y dogmática. Los oráculos, el de Delfos, en particular, eran como una revelación permanente y respetada hasta por la política que se servía de ellos. ¿Qué otra cosa es la *Teogonía* de Hesiodo, sino un primer rudimento de teología nacional, un ensayo para organizar la ciudad de los dioses y su historia, como las tribus y las ciudades de Grecia tendían por sí mismas á organizarse en un cuerpo de nación? El nombre de Orfeo sirvió, no se puede dudar de ello, para cubrir una tentativa del mismo género. Los misterios concentraron más tarde en su seno los elementos de la vida religiosa más desarrollada. Es preciso confesar, no obstante, que el destino de Grecia no la llamaba á ser un país hierático. Todas las grandes revoluciones de Grecia, las conquistas sucesivas de los Helenos, de los Heráclidas, de los Dorios, son otros tantos triunfos del espíritu laico, otras tantas sublevaciones de la energía popular contra una forma sacerdotal impuesta. El sacerdote relegado al templo será desde entonces en adelante poca cosa: el poeta nada de común tiene con él. En Homero, el poeta nos aparece sin cesar exaltado á expensas de los sacrificadores y de los adivinos. Ahí está el encanto del mundo homérico; es el despertar de la vida profana, la libertad que se desplegaba en pleno sol, la humanidad saliendo de los hipogeos y sacudiendo su sueño para lanzarse al campo de la actividad guerrera y figurar en las mil aventuras de la vida heroica. La misma revolución se opera en el arte. El arte hierá-